

EL ARCHIVO DÍAZ BERENGUER Y LA LABOR DE INVESTIGACIÓN

Lic. Alfredo Alzugarat

Desde el 2000 a la fecha, han continuado ingresando diversas colecciones de archivos a la Biblioteca Nacional, la mayoría de ellos pertenecientes a autores recientes. He tenido el honor de participar activamente, desde fines de 2009, en todas las instancias producidas en torno a una de esas últimas colecciones. Si bien son muchos los ejemplos que podrían aportarse con respecto a la valía del Departamento aludido, por ser el de mi mayor conocimiento, he preferido ilustrar su importancia reseñando lo que podríamos llamar la “historia” de un archivo en particular, el Archivo Díaz – Berenguer, cuyo proceso de arribo a nuestra biblioteca se extiende desde esa fecha abarcando la casi totalidad del año 2010. Lo que sigue pues, es un informe del ordenamiento de su contenido y de las distintas líneas de trabajo que surgen de ese ordenamiento.

José Pedro Díaz y Amanda Berenguer Bellan nacieron ambos en 1921. En 1936, con quince años de edad, Amanda editaba la revista estudiantil “Vida”, y en 1940 publicaba su primer libro. José Pedro, por su parte, publicó el primero de sus libros en 1939. Ambos contrajeron matrimonio en 1944, instalándose poco después en una casa legendaria para la historia de la literatura nacional en el siglo pasado, una casa situada entonces en la calle Mangaripé (hoy María Espínola) al 1619, acondicionada no sólo para que les sirviera de hogar sino también para lograr una plena dedicación a la literatura. José Pedro repartió su vida entre la docencia (ejercida en Enseñanza Secundaria, Instituto de Profesores Artigas y Facultad de Humanidades) y la creación literaria, siendo poeta, ensayista, narrador, no permaneciendo ajeno a la actividad teatral presidiendo en 1967 la Comisión de Teatros Municipales. Fue también editor, eterno conferenciante y, cuando las circunstancias lo exigieron, periodista cultural. Amanda, más allá de algunas publicaciones periodísticas, se dedicó casi exclusivamente y de manera admirable a la labor poética. Díaz falleció en 2006, Amanda en julio de 2010, año en que se diera a conocer su último libro “La cuidadora del fuego”. La labor de ambos, intensamente vivida, los ubica como dos de los más genuinos representantes de la generación del 45 y abarca más de setenta años de cultura nacional.

Las metas que ambos se propusieron desde su más temprana juventud los llevó a guardar registro, de manera puntual y exhaustiva, de toda labor realizada y de cada acontecimiento artístico del que formaron parte. Es probable que esa tarea de documentar al máximo sus vidas tuviera un origen ancestral, en sus propios ascendientes. Hoy al mirar la formidable dimensión del Archivo queda claro, de todos modos, que existió en ambos, desde los veinte años en adelante, una clara conciencia de posteridad y de comprensión de que todo documento, por más mínimo que sea, puede tener un valor imprescindible para la historia de nuestra cultura.

Yo no sé si el Archivo Díaz – Berenguer iguala o supera las casi 40.000 piezas que corresponden al Archivo Rodó. No lo sé porque sencillamente nadie hasta ahora ha tenido la paciencia de contar cada una de las hojas y cada uno de los documentos que lo componen. Tal labor implicaría varias semanas dedicadas exclusivamente a ese fin, probablemente meses. Sí puedo afirmar que solo la correspondencia de José Pedro Díaz en particular, hasta donde se ha procesado, se aproxima a las dos mil cartas, y que recién se está comenzando a elaborar un índice de la correspondencia de Amanda. Resulta difícil dar una idea de la magnitud del Archivo: a simple vista sólo el conjunto de sus papeles colma, al tope, dos armarios, alrededor de 120 abultadas carpetas. Si se tiene en cuenta que a la donación del Archivo se sumó la de los miles de libros que el matrimonio poseía y la minerva “La Galatea”, declarada Patrimonio Nacional, podemos afirmar que su traslado implicó varios días de labor y más de seis viajes desde su lugar de origen.

José Pedro Díaz publicó 21 volúmenes de su exclusiva autoría más otros 299 textos entre ensayos, ponencias, tesis, artículos periodísticos, poemas y fragmentos narrativos. Salvo algunas excepciones, se conservan originales, borradores y apuntes de todas sus publicaciones. Salvo del último, se hallan también en el Archivo los originales de cada uno de los libros que publicara Amanda Berenguer. Se cuentan por decenas los textos inéditos de Díaz y resulta imposible dar un número aproximado de los inéditos de Amanda. Las reseñas de sus obras, reportajes e información sobre sus personas, de la prensa nacional e internacional, académica y periodística, algunos guardados por la sola mención de sus nombres, llenan más de tres carpetas.

Pero las cifras están lejos de decir todo. Los números no sirven para dar una idea de la calidad y valor de este archivo. Quizá encontremos un vislumbre, un atisbo de lo que queremos decir si pensamos que gracias a la correspondencia de Díaz, la Biblioteca Nacional posee ahora cartas, muchas en algunos casos, de personalidades internacionales de la talla de José Bergamín, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Alfonso Reyes, Gerardo Diego, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Albert Camus, José Donoso, Enrique Anderson Imbert, Roberto Fernández Retamar, Mario Vargas Llosa y muchísimas también dentro de nuestro país, de Ángel Rama, Mario Benedetti, Carlos Real de Azúa, Manuel Claps, etc.

La labor de estudio y el fuerte intercambio que tanto José Pedro como Amanda sostuvieron con otros autores y con diversas instituciones ramifica el corpus del Archivo de ambos y permite constatar la existencia de áreas o sectores que albergan los escritos y documentos que ellos poseían de otros autores. Existe una carpeta, por ejemplo, con todos los papeles de Fernando Díaz, padre de José Pedro, quien escribiera en un periódico gallego de Montevideo por los años 20 y que fuera autor de dos obras de teatro inéditas. Otra carpeta guarda la más completa cronología que se conozca sobre la obra del prolífico poeta Juan Cunha. Otra guarda estudios, trabajos y hasta fotocopias de los manuscritos originales de las “Rimas” del gran poeta español Gustavo Adolfo Bécquer, pertenecientes a la Biblioteca de Madrid. Existen siete carpetas con todo lo referente a la escritura de Felisberto Hernández, del cual José Pedro Díaz fue el mayor difusor y defensor de su obra, que incluyen como mayor tesoro fotocopias de una selección de cartas de Felisberto a su segunda esposa, la artista plástica Amalia Nieto. Otra carpeta, por fin, posee manuscritos de otros escritores, entre muchos, de Paco Espínola, Mario Arregui, Clara Silva.

Los numerosos trabajos y prólogos que realizara José Pedro Díaz con respecto a los libros de José Pedro Bellán y el hecho de ser Amanda sobrina de Bellán, permitió a ambos conservar gran parte de la obra de este último. Así, el Archivo de José Pedro Bellán, que ya existía en la Biblioteca Nacional, ha sido ahora incrementado y enriquecido con nuevos documentos, originales, fotografías y artículos sobre ese autor.

Desde muy joven Díaz se aficionó a la fotografía y a la filmación artesanal. Consecuencia de ello son las centenares de fotografías que reúne su colección a lo que se suma dieciséis rollos de films, la mayoría

efectuados durante el viaje por Europa que realizara junto a su esposa entre 1950 y 1952, los cuales sin duda representan un acervo audiovisual de enorme importancia. Algunas de estas fotografías son exhibidas en el último número de la Revista de la Biblioteca Nacional y otras darán lugar a una exposición que se realizará en noviembre de este año aquí en este recinto. Amanda Berenguer, por su parte, fue aficionada a la pintura, razón por la cual hay también algunos cuadros, entre ellos algún autorretrato de la poeta.

Finalmente, lejos de la pretensión de desvirtuar el valor inestimable de este Archivo, por el contrario, para afirmar la idea de su magnitud, hay que decir que se accede incluso en él a un ánimo desmesurado de documentación que lleva a que se conserven programas de teatro, boletos de tren, servilletas de hoteles, un inmenso número de postales de todas partes, la cartera de escolar de José Pedro Díaz con todos sus cuadernos y hasta la banda masónica de un tío abuelo del siglo XIX. Si no lo tuviera todos los días ante mí diría que el Archivo entero es un engendro hiperbólico de realismo mágico.

Esta descripción del Archivo, que parece exhaustiva pero no deja de ser breve, trasluce el empeño puesto en conocerlo y clasificarlo. Ordenarlo requirió la elaboración de un inventario y posteriormente, en una tarea más afinada, de un catálogo que no deja de ser provisorio en la medida que periódicamente se realizan más descubrimientos y redescubrimientos de elementos que lo componen. En ese sentido, el objetivo de una mayor perfectibilidad y funcionalidad en el diseño del Archivo, para volver más accesible su conocimiento, no sólo permanece vigente sino que merece la mayor atención.

Quizá la mayor sorpresa nos la deparó el descubrimiento de un Diario de vida de José Pedro Díaz, que se extiende, con permanente regularidad, a través de nueve cuadernos manuscritos, desde 1942 hasta 1956. Este Diario significa una de las mayores pruebas de su deseo de registrar lo más posible de su vida y es a la vez, un testimonio de enorme importancia, no solo del proceso de creación de muchas de sus obras sino también de la gestación de un grupo de escritores que constituyen uno de los ejes vertebrales de la generación del 45. Fue la casa de la calle Mangaripé, cuando era la única en la cuadra y estaba rodeada de eucaliptos y arenales, sede casi cotidiana de los encuentros de los llamados

“entrañavivistas”, integrados, a más de José Pedro y Amanda, por otros jóvenes llamados a convertirse en figuras señeras de la cultura nacional como Ángel Rama, Ida Vitale, Carlos Maggi, María Inés Silva Vila, Mario Arregui y Manuel Flores Mora. Por momentos, las páginas del Diario fungen como actas de cada uno de esos encuentros. Pero además el Diario registra el arribo a nuestro país de importantes personalidades de la época como Jorge Luis Borges, Georges Duhamel, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Albert Camus, Roger Caillois y, fundamentalmente, José Bergamín, así como el proceso de creación de revistas literarias de la época como “Escritura” y “Clinamen”, episodios de una más amplia lucha por la posesión de espacios públicos de comunicación,

Desde otro punto de vista, desde el ángulo de los estudios genéticos en literatura, la masa de información que provee el Diario permite descubrir una larga serie de indicios de la narración capital de José Pedro Díaz, quizá el buque insignia de toda su obra, que es “Los fuegos de San Telmo”, publicado por primera vez en 1964 y que alcanzara once ediciones en Uruguay, Argentina, México e Italia. Dice el Diario en su primer cuaderno, en una entrada correspondiente al año 1942, cuando el autor era apenas un joven de 21 años: *“Imagino estos días la realización de una novela cíclica que comenzaría con la visión de la Italia Meridional, de Nápoles, del pueblo pescador de Marina di Camerotta con la primera generación americana y su ascensión y que terminaría con temas autobiográficos de la infancia hasta la juventud, donde quedaría en cierto modo abierta para posteriores desarrollos. Hay ya material para ello de sobra.”* Aunque planteada como una saga lineal, al modo de los “roman de famille” de la literatura europea, lejos todavía de lo que será la estructura final de la novela, esta intención manifiesta en su Diario no deja de ser la primera señal de una obra que, tras el interín de un largo período de maduración técnica e intelectual, alcanzaría su versión definitiva 22 años después.

Como si fuera poco, el Diario asienta además marcas de la redacción de varias conferencias que Díaz dictara en distintos ámbitos por esos años (sobre Cervantes, Goethe, Antonio Machado, Herrera y Reissig); de los ensayos críticos que publicara por esas fechas, “Poesía y Magia” y “Anotaciones sobre ‘Hamlet’”; del artículo “Indagatoria de una literatura”, considerado uno de los manifiestos de “la generación crítica”; de uno de

sus trabajos más representativos, *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y obra*; de la novela *El habitante* y de otros textos menores y/o perdidos. En otro orden, el Diario sigue paso a paso la travesía por el Océano Atlántico que los condujo a un peregrinaje de dos años por tierras europeas en tiempos de pos guerra y la labor de Díaz como Agregado Cultural en la Embajada de Bélgica, un costado poco conocido de su polifacética personalidad.

La finalidad del Diario de Díaz es su propia autoconstrucción como individuo. *“Pienso en este diario de un modo peculiar. Pienso que escribirlo es un modo de crearme; de evitar parte de la disipación de la vida y de concentrar fuerzas en mí mismo (...) El diario me otorga cierta lúcida (parcial) consciencia de mi tradición en mí, personal. Me siento más claramente derivar y cambiar y evolucionar, y eso hace, justamente, que me sienta más yo, incluso que me comprenda mejor a mí mismo...”* De acuerdo a ello, el Diario es entonces una de las mejores formas de conocer al autor, de profundizar en su personalidad y en la evolución de su pensamiento, un trasfondo que lo vuelve tan valioso o más que lo que en él se narra directamente.

Hurgando en este archivo, hojeando sus textos, leyendo una y otra vez el Diario, he sentido que la labor de la investigación literaria, supongo que también la del historiador, se parece en mucho a la de un arqueólogo. Mientras éste extrae de las profundidades, con sumo cuidado y delicadeza, con método y paciencia, cacharros, monedas, esculturas, restos de antiguas civilizaciones, aquél no puede ocultar la emoción de tener en sus manos escritos de autores admirados o exhuma papeles empolvados por el tiempo que distintas circunstancias negaron a la difusión pública. Si muchas veces me sentí un arqueólogo de la literatura no fueron menos las veces que me sentí perdido, abrumado por la desmesura de este Archivo. Creía estar navegando en un laberinto infinito o en una galería subterránea que abría túneles hacia todas partes o, en fin, que me hallaba ante un puzle colosal al que necesariamente debía dársele coherencia. Más de una vez, en esa jungla, emprendí caminos que no eran los más oportunos o rutas de investigación que desembocaban en aspectos secundarios, de menor valía o interés. Es decir, me equivocaba a la hora de establecer prioridades. Pero lo más importante es que en ningún momento creo haber dejado de aprender. Porque investigar, en definitiva, es siempre eso, aprender todos los días, nutrirse y profundizar, absorber conocimiento.

Llega un momento en que uno comprende que ese conocimiento del que se nutre directamente debe ser trasladado al público en general y “traducido” al lector. Es el paso siguiente, inevitable. El Diario de Díaz no me impactó demasiado en su primera lectura, sólo a la segunda me despertó cierto entusiasmo, a la tercera comencé a transcribirlo. Hoy está siendo trasladado de cuadernos añejos, de espirales herrumbradas, a la pantalla y al disco duro de una computadora. Su publicación está prevista para este año, para dentro de pocos meses. Pero el Diario ya no puede ser publicado tal como se lo ha encontrado, el conocimiento que surge de su investigación también debe ser transmitido. Porque sucede que al tratarse de una escritura autobiográfica, donde narrador y protagonista coinciden y el principal contenido son las propias vivencias del autor, se vuelve una obligación establecer toda clase de conexiones entre sus registros y otras áreas y otros materiales del autor que también están presentes en el Archivo. O también establecer conexiones con todo el acontecer literario y cultural, al menos de los años en que transcurre el diario. Esto es así porque la información que brinda el diario, por ser un texto escrito para sí mismo, es fragmentaria, siempre comprimida, y reclama ser ampliada. Su edición exigirá, por lo tanto, la presencia de un gran número de notas a pie de página, varios centenares, y una introducción que lo contextualice y lo torne más accesible.

Seguramente, en un futuro inmediato, otras publicaciones de y sobre la obra de José Pedro Díaz y Amanda Berenguer serán posibles, sin duda así será. Lo mismo sucederá en el trabajo con los demás Archivos y las distintas investigaciones que de ellos proceden. Es una labor que forma parte de la praxis diaria del Departamento de Investigaciones. Lo que he enumerado anteriormente es sólo un ejemplo, el que he encontrado más a mano.

La exégesis del texto que he tratado de explicar brevemente y su difusión a nivel colectivo, válida para el Diario de Díaz como -y en última instancia- para toda publicación que tenga que ver con el Archivo, pretende, modestamente, ser transmisión de conocimiento, producción de conocimiento, un privilegio que tiene nuestra Biblioteca Nacional producto del ancho caudal de Archivos que guarda en su recinto. Un privilegio que nos aproxima o nos distancia de otras Bibliotecas Nacionales del resto del mundo pero que, de acuerdo a esta realidad histórica que en esta mesa se ha

intentado explicitar, significa una función más, un servicio imprescindible, al alcance y a la altura de nuestra Biblioteca Nacional.

Cito: “Investigar metódicamente, manuscritos y textos de autores nacionales para constituir sendos archivos en consecuencia con las impostergables exigencias de nuestra cultura”, “estudiar y catalogar los materiales de esa especie que existen en la biblioteca Nacional”, eran directivas ya trazadas en 1945 por la Comisión de Investigaciones literarias. Continúan presentes hoy en igual medida o más. La vigencia de las mismas institucionaliza la producción o generación de nuevos conocimientos por parte de la Biblioteca Nacional. En un mundo como el actual, la tecnología disponible y el alto volumen posible de información, hace que los nuevos conocimientos no puedan circunscribirse solamente a universidades y otros centros académicos tradicionales. De manera independiente o en estrecha colaboración entre sí, la exigencia cultural actual impone que los centros generadores de conocimientos sean muchos y variados. Nada más lógico y sostenible que entre ellos se encuentren instituciones tan antiguas y venerables como las Bibliotecas.

La Unesco reconoce la difusión del patrimonio nacional como una tarea pertinente a las llamadas bibliotecas nacionales. Para nosotros, labor de investigación de archivos y difusión del patrimonio nacional son una misma y sola tarea que implica de por sí la generación de nuevo conocimiento.

